

convertiría en un baile de niños, y en seguida, se enviaron las esquelas de convite.

Un baile de trajes y de máscara, ¡oh! ¡qué fiesta tan bonita!

A las ocho de la mañana ya se hallaba levantada Liliás, y saltando sobre la cama de su mamita, reclamaba su traje de máscara.

Medio riendo, medio refunfuñando, la jóven mamá se levantó, porque con Liliás era preciso obedecer siempre.

Apenas acababa de ponerse Cipriana un peinador, cuando vinieron á llamar á la puerta del cuarto discretamente.

Y una voz risueña, la de Loredano, preguntó:

— ¿Se puede entrar?

Se había vuelto tan niño como los mismos niños, y él también estaba impaciente por admirar á Liliás vestida de Violeta.

Pero, mirad qué contratiempo. Ayer cuando Loredano no estaba presente al probárselo, todo iba á las mil maravillas, y hoy que se hallaba allí, todo salía mal.

Fué necesario volver á coger las tijeras, á manejar de nuevo las agujas, y aquel traje, que para ponérselo habria bastado media hora, empleó toda la mañana.

Al fin, se acabó el arreglo á las once de la mañana, y Liliás estaba tan bonita y tan linda, que el conde, para que la fiesta fuera completa, propuso ir á dar una vuelta por los bulevares, despues de almorzar.

Quería que todo Paris admirase á Liliás.

El tocador de Cipriana no fué largo: en primer lugar, no era coqueta, y luego, el rumor de la enfermedad de su marido, que empezaba á extenderse, la imponía el deber de ser muy circunspecta.

El almuerzo, como debe presumirse, fué muy alegre. El conde estuvo tan calavera como en el tiempo de antaño, durante su juventud.

Había olvidado completamente la aventura del dominó negro, y la promesa que le habia dicho al oído.

Creyó que era una broma de carnaval, algo pesada; la broma de algun enemigo que estaba al corriente de sus asuntos de familia.

Porque ¿cuál era la razon ó motivo que podia tener Hortensia para volver así de improviso á la casa conyugal, despues de haberse desterrado de ella voluntariamente, y de haberse sabido ocultar tan cuidadosamente de todas las pesquisas?

Además, ¿qué le importaba al conde ya el que volviese?

La recibiría con decoro, pero con frialdad, y le haría comprender claramente que, con su huida, habia hecho la abdicacion completa de sus derechos de esposa y madre.

Le declararía francamente que, en lo sucesivo, no era ya con ella con quien contaba para labrar su felicidad, sino con sus hijas.

Y ¿qué hijas mas adorables hubiera podido tener él nunca que aquellas? La una traviesa y vivaracha como una ardilla; la otra reflexiva y mansa como una paloma: la alegría de los ojos y el encanto del corazon.

Sin embargo, Liliás no era mas que una hija adoptiva, y

respecto á Cipriana, tenia dudas sobre su paternidad; pero ¿qué importaba? Hacia ya mucho tiempo que no pensaba ya en aquellas dudas, y no queria volver á pensar mas en ellas; y aquella adopcion la consideraba como una verdadera paternidad.

Estaban concluyendo de almorzar, cuando Florentino entró con una salvilla de plata en la mano, sobre la que habia dos cartas. La una con sobre para madama la baronesa Matifay, y la otra para el conde de Puysaie.

Cipriana vaciló algunos momentos en desgarrar la cubierta al reconocer la letra fina y bien formada del sobrescrito, que era la de sus amigos desconocidos, letra que le habia hecho estremecerse tantas veces cuando recibia su correspondencia.

El conde, teniendo siempre su carta en la mano sin abrirla, se echó á reir al ver el apuro de su hija:

— ¿Carta de algun enamorado... Cipriana? andate con cuidado, mira que se lo contaré al baron.

— No sé de lo que se trata, dijo Cipriana: me parece la letra de la condesa de Monte-Cristo.

— En efecto, contestó el conde, dicen que ha regresado de su viaje, y me admira que no hayamos recibido ya su visita.

— Yo la he convidado, dijo Cipriana con voz entrecortada, — porque mentia, y no sabia mentir bien, — á nuestra fiesta de esta noche. Y esta carta es quizá la respuesta á mi convite.

— Entonces, contestó Loredano, veamos lo que dice.

Ahora ya no hubo escapatoria; fué preciso desgarrar la cubierta.

Aquella misteriosa condesa de Monte-Cristo debia tener sin duda el don de la doble vista, puesto que habia llegado su perspicacia hasta prever el embarazo en que Cipriana se hallaria.

La carta contenia lo siguiente:

«No podré, queridita mia, asistir á vuestra fiesta, como me lo rogais; pero tampoco quiero ser extraña á vuestras alegrías. Ya que habeis heredado el palacio de Monte-Cristo, permitid á su antigua propietaria el que haga hoy sus honores en parte.

» Me han hablado de un director de comedia representada por figurines que está muy á la moda: creo que se llama maese Chinela. Os lo enviaré esta noche, y espero que divertirá á vuestros jóvenes convidados.

» Condesa de MONTE-CRISTO.»

Liliás brincaba de alegría por todo el cuarto.

— ¡Ay! ¡qué gusto! gritaba, tendremos comedia.

Loredano habia abierto tambien su carta que contenia otros dos papeles. Despues de haber leído una y otros, los estrujaba entre sus manos y se paseaba por el cuarto, con la mayor agitacion.

XXXII

LA CARTA ANÓNIMA.

Cipriana y Liliás estaban mirando pasmadas la agitacion que habia producido en el conde la lectura de aquella carta.

La niña se acercó á la ventana, miró al patio, y dijo:

— La carretela está enganchada.

— Id vosotras, respondió Loredano.

— ¿Y tú, papa mio?

— Yo no puedo acompañaros.

Liliás quiso abrazarle para hacerle cambiar aquella resolucion tan repentina, porque sabia que de ordinario, con sus caricias, obtenia de él todo lo que queria.

Pero esta vez el conde la rechazó con despego, casi con violencia, y sin decir una palabra, salió del comedor.

La carta que acababa de recibir, y que nuestros lectores conocen ya, estaba concebida en estos términos:

« Señor conde,

» Cumple al honor de uno de vuestros mas fieles amigos el suministraros la prueba de la mas infame traicion de que habeis sido victima. Espero que las cartas adjuntas que os remito os ilustrarán sobre la estimacion en que debeis tener al mas íntimo de vuestros comensales y al mas vil de los traidores.»

No habia firma, y el conde habria hecho de esta carta el caso que se debe hacer de una carta anónima, si, en efecto, no se hubiesen hallado bajo la misma cubierta las dos piezas de conviccion á que hacia referencia.

Dos cartas del coronel Fritz dirigidas, la una á la condesa Hortensia de Puysaie, y la otra á madama Gosse, partera.

La primera era la respuesta á aquel desgraciado billete de Hortensia que habia sido el origen de todas sus desdichas, billete que reproducimos aquí igualmente por temor de que nuestros lectores hayan olvidado ya su contenido, el cual decia:

« ¡A qué abismo me habeis arrastrado!... ¡Si él volviese!... La señal de nuestro crimen es tan evidente, que yo no podria ocultárselo. No seais sordo á este supremo llamamiento que os hago. Tengo la cabeza ardiendo; me vuelvo loca: vos me habeis perdido, y ya no me queda mas esperanza que en vos para salvarme.»

El coronel habia cometido la infamia de entregar esta carta á Loredano, asegurándole que habia sido escrita al

caballero de Alizes, en la época del nacimiento de Cipriana, y hé aquí cómo el conde tenia hoy en la mano la prueba de que habia sido dirigida á Fritz mismo, puesto que este habia respondido á ella.

De modo que este hombre indigno, no contento con hacer traicion á aquel que le habia dado todo, su amistad, su estimacion, su casa, habia vendido, y lo que es mas, calumniado á la mujer, demasiado confiada en su honor.

La otra pieza de conviccion que Loredano estrujaba entre sus dedos convulsivamente era un billete dirigido á madama Gosse partera, en el que Fritz le encargaba que cuidase con la mayor atencion de su hija.

¡Su hija! Esta palabra fué como un relámpago que atravesó el cerebro del conde; pero la idea que le hizo nacer la desechó inmediatamente como una idea absurda é imposible.

Liliás, aquella niña que él mismo habia traído á casa, seria la hija de Fritz, la hija de su mas mortal enemigo.

¡Y todos aquellos que Loredano amaba se habian hecho cómplices de esta traicion! Nini Moustache y Hortensia de Puysaie, y quizás hasta la misma Cipriana...

¡Cipriana! ¡ah! ¡con cuánta tristeza, acompañada de amargo remordimiento, adquiria hoy la certidumbre de que la habia sacrificado injustamente!

¡Cuán grande era ahora la amarga ternura que sentia por aquella inocente Ifigenia, la única persona de quien no habia recibido nunca la mas ligera herida, y á la que habia privado, sin embargo, eternamente de la dicha!

El espíritu del conde, inquieto y vacilante, sostenia una terrible lucha, pasando alternativamente de una desesperacion á una tristeza profunda.

Las luchas morales que antes habia sostenido le habian parecido á Loredano bien crueles; pero nunca le habia ocurrido la idea de que llegaria un dia en que tuviese que sostener la que ahora sufría.

Ser tan vergonzosamente vendido por el que él creia su mejor amigo, cuando no era mas que el mas miserable de los caballeros de industria, y por último, haber dado el sagrado nombre de hija, en perjuicio de la hija verdadera, á la que no era sino el fruto del adulterio...

Cuando su espíritu pudo recobrar un poco de serenidad, el conde tomó una resolucion con esa frialdad impasible de aquellos que, conociendo que las cosas han llegado á cierto limite, sienten que, suceda lo que quiera, ni arriesgan, ni tienen ya nada que perder.

El no tenia otras pruebas de que Liliás fuese la hija del coronel sino la concordancia de las fechas, y esta podia ser efecto de la casualidad.

Era preciso tratar de adquirir una completa certeza sobre el particular.

Para conseguir este objeto, no habia mas que dar un paso dirigiéndose á madama Gosse la partera, que era la única persona de quien podria saber la verdad.

Media hora despues que el conde se resolvió á dar este paso, subia las escaleras de la casa de la calle Rambuteau.

Al llegar delante de la puerta de «Bebella adorada», se detuvo.

Oyó las voces de dos personas que cantaban al compás del ruido de los platos, tenedores y botellas.

Sin duda la ex-partera celebraba el martes de carnaval en compañía de alguna amiga.

El conde, al fin, llamó.

Al principio, sin duda, no le oyeron, porque tuvo que volver á llamar por segunda vez mas fuerte.

Entonces cesó el ruido en el cuarto, y en seguida se oyó el de las sillas. Por último resonó el paso lento, pesado y poco seguro de alguno que se acercaba á la puerta y que decía :

— Voy á abrir... Debe ser sin duda la dama Lartigot.

Y preguntó :

— ¿ Sois vos, madama Lartigot ?

— Abrid, contestó únicamente el conde.

— No es madama Lartigot, dijo la voz de dentro del cuarto.

La puerta, sin embargo, se abrió, y Loredano se vió obligado á retroceder medio asfixiado por la mezcla de olores culinarios y alcohólicos que salían de la pieza.

Por lo visto, había grande almuerzo en casa de madama Gosse. La «Bebella adorada» se consolaba á su manera de la desercion del «horrible monstruo.»

Y como Calipso, trataba de olvidar la partida de Ulises.

Aquella diosa del barrio Rambuteau había convocado y reunido para un succulento festín á todas las ninfas compañeras suyas, quiero decir, á todas las comadres de la casa.

Y estas buenas mujeres estaban en los postres.

En un rincón del cuarto veíanse todavía los platos á medio vaciar, con restos de morcillas y de berzas.

Sobre la mesa, los frascos de perfecto amor y de ron habían reemplazado á las botellas de vino ordinario.

Veíase un frasco medio vacío de cerezas en aguardiente, y un bocal chinesco que había estado antes lleno.

La comadrona Gosse sabía hacer bien las cosas, y no las hacia á medias.

Hallábase en ese período de la digestion en el que todos los recuerdos de una felicidad perdida se agolpan á la imaginacion, y con la punta de su servilleta manchada, pero no con lágrimas, se refregaba sus ojos hinchados.

Y las amables y tiernas vecinas que la rodeaban formaban un grupo consolador al rededor de ella.

¡ Oh! amistad santa, ¡ tú sola eres capaz de curar las crueles heridas hechas por el amor!

— No es madama Lartigot, repitió por tercera vez la mujer desmangarallada y flaca que había abierto la puerta; es un señor.

— Decidle que entre, respondió el coro mujeril.

— ¿ Madama Gosse? preguntó el conde cortesmente.

— Bien, ¿ qué ocurre?... Allí está.

La Gosse, dando treguas á los consuelos de sus tiernas convidadas, levantó su cara anegada en lágrimas producidas por alguna otra cosa mas que por la tristeza, y exclamó :

— ¿ Qué me quieren?... ¿ Se viene á incomodar de este modo á las gentes en un día como este?

Esta observacion fué recibida con un murmullo aprobador de toda la asamblea.

Pero á pesar de estas disposiciones tan poco benévolas y tan manifiestamente hostiles, el conde se adelantó hasta el medio del cuarto y preguntó :

— ¿Cuál de estas damas es la Gosse? tengo precision de hablar con ella.

Madama Gosse se levantó, no sin hacer un esfuerzo, y se dirigió hácia el conde. El estado en que se hallaba no permitía á sus ojos distinguir bien los objetos. ¿ Era esto efecto de las lágrimas que los oscurecían, ó por alguna otra cosa? Nosotros, por respeto al bello sexo á que pertenecía la «Bebella adorada», no nos atrevemos á decidir esta cuestion.

Loredano sacó de su bolsillo las dos cartas arrugadas, y enseñándoselas á la Gosse, le dijo :

— ¿ Conoceis esto?

La ex-partera hizo un ademán como para buscar sus espejuelos.

Pero todo esto impacientaba á M. de Puysaie.

— Os repito, le dijo secamente, que tengo necesidad de hablar con vos á solas. Despedid á estas mujeres.

Al oír esto, todas las comadres gritaron y armaron una zambra infernal en el cuarto.

XXXIII

LA VUELTA DE ULISES.

El conde con un ademán imperioso hizo callar aquellos graznidos de ranas.

— ¿ No me reconocéis? le preguntó á la Gosse.

La Bebella adorada examinó de piés á cabeza al conde con ojos extraviados y cubiertos aun por los vapores alcohólicos.

Pero una de las vecinas, ó mas perspicaz, ó con la cabeza mas despejada, le había reconocido y exclamó :

— Es el señor del coche.

La Gosse balbuceó entonces algunas palabras de excusa.

El conde tenia priesa y volvió á repetir en tono imperioso :

— Os he dicho que tenia que hablaros á solas.

Entonces las vecinas se fueron retirando una á una, no sin echar tristes ojeadas á los frascos que aun quedaban por vaciar.

En cuanto salió la última, Loredano fué á entreabrir la puerta para asegurarse que no había nadie escuchando, y cerrándola despues con llave, se volvió hácia donde la Gosse estaba.

— ¿ Reconoceis esto? la preguntó por tercera vez, mostrándole las cartas del coronel Fritz.

La cabeza turbada de Bebella se iba serenando poco á poco, y llegó á comprender en fin toda la gravedad del negocio de que se trataba.

Al entregar á Liliás al conde, haciéndola pasar por la hermana de Nini Moustaché, conociendo, como conocía mejor que nadie, la falsedad de este engaño, se había hecho cómplice del delito de sustitucion de niña.

Y con las pruebas que Loredano tenía entre las manos, la podía perder diciendo una sola palabra.

Echándose á sus piés y tendiendo hácia él sus manos suplicantes, con una voz cuyo acento patético habría enviado una actriz del Ambigú, exclamó :

— ¡ Gracia! ¡ gracia! no me perdais.

Loredano, que no tenia muy buen humor en aquel instante, no pudo á pesar de ello, menos de sonreirse.

— No se trata de perderos, le respondió, mi buena señora, sino de que me respondais categóricamente.

— No tengo yo la culpa, exclamó Bebella adorada, llorando; pero me vi obligada á hacerlo, porque así lo exigieron ellas.

— ¿ Quiénes son ellas? preguntó Loredano.

— Las dos señoras, respondió la partera.

El conde iba de misterio en misterio. Entreveía que se había fraguado una conspiracion á su alrededor, cuyo resultado debía ser hacerle adoptar á Liliás.

¿ Con qué objeto?

La una de las dos señoras de que hablaba Bebella debía ser Nini Moustache, puesto que cuando había venido la primera vez á casa de madama Gosse, la había encontrado en su cuarto.

¿ Pero, la otra?

¿ Qué le importaba en definitiva la solucion de este nuevo problema?

El no quería sino averiguar una sola cosa, á saber : que Liliás era realmente la niña á la que hacian alusion las cartas de Fritz.

Sobre este particular, ya sabía á qué atenerse, porque la turbacion de madama Gosse era mas significativa y explícita que la relacion mas detallada.

— No temais nada, volvió á repetirle. Ya sé que, en todo caso, vos no habeis sido mas que un instrumento; y no es de los instrumentos de los que yo quiero vengarme. Debo buscar mucho mas arriba los verdaderos culpables. No necesito ni aun preguntaros sus nombres, porque los conozco.

Y al acabar de decir estas palabras salió, dejando á Bebella arrodillada en medio del cuarto gimiendo y llorando.

Al bajar las escaleras se cruzó con un ser casi fantástico, que las subía á su vez, no sin gran trabajo, agarrándose á la barandilla.

Este personaje no era otro sino nuestro Numa Pompilio el mismo que la noche anterior hacia las delicias del baile de la Opera.

Pero en qué estado volvía, ¡ Dios mio!... su colete de bú-

falo estaba lleno de manchas de vino, sus charreteras arrancadas, aplastada su nariz de carton por un fuerte puñetazo que le habían dado, y con algunos filamentos del plumero de su casco abollado, colgando.

¡ Así pasa la gloria de este mundo!

M. Gosse, — porque del rey de los latinos, célebre por su prudencia y su sabiduría, del Numa Pompilio, ya no quedaba sino un escribiente memorialista borracho, — subía las escaleras muy despacio, paso á paso, y segun iba llegando al fin de su ascension, esta le parecía mas penosa y se detenía para exhalar un gran suspiro que se transformaba en hipo.

Le venían á la memoria los recuerdos clásicos del ilustre colegio Lavertue; y así como Calipso no hallaba consuelo por la marcha de Ulises, así Numa Pompilio sentía no haber seguido los prudentes consejos de su ninfa Egeria.

Egeria, Calipso ó Bebella adorada, — que las tres eran una misma, — continuaba postrada en el comedor.

Al fin, M. Gosse llegó á la meseta del pasillo del cuarto, y ya no se hallaba separado del puerto de salvacion mas que por una tabla, y con la frente apoyada contra el dintel de la puerta, daba suspiros que partían el alma.

Así hacen esos perrillos falderos que despues de haber hecho una escapatoria de ocho dias vuelven á la casa de su amo con las orejas caídas y el rabo entre las piernas, y sin atreverse á entrar, esperan con sumision á la puerta, el castigo merecido.

Del otro lado de la puerta oíanse tambien gemidos semejantes; pero estos gemidos no tardaron en transformarse en un ronquido sonoro.

La buena ex-partera se había quedado dormida en el sitio mismo en que sus remordimientos y su miedo la habían hecho arrodillarse ante el conde de Puysaie.

El memorialista entreabrió la puerta del cuarto y echó una mirada tímida al interior, y al ver lo que pasaba, suspiró :

— ¡ Pobre Bebella! ha hecho como yo : se ha consolado.

Y despues de haberse asegurado que, á lo menos por el momento, no tenia nada que temer, se entró de puntillas en el cuarto.

Su querida esposa, en una postura llena de atractivo, se había dejado escurrir cuan larga era sobre el suelo, y su rostro mas encarnado que un tomate, descansaba blandamente sobre su brazo doblado.

El «lobo adorado» estuvo contemplando con enternecimiento aquel púdico sueño durante algunos instantes; despues, con ojos melancólicos, contó las botellas vacías amontonadas en un rincón del cuarto.

— Se ha regalado de lo lindo, suspiró. ¡ Lo que puede la pena!

Y juntando sus manos á manera de bocina, gritó :

— ¡ Eh! ¡ madama Gosse!

La Bebella adorada hizo un ademán como para apartar algun objeto que la incomodaba y gruñó :

— ¡ Madama Gosse! gritó de nuevo el «lobo adorado», y despues, dando á su voz una ondulacion de ternura capaz